

## Asís, 1182

Umbría es una región de Italia central. Olivos y cipreses dan un aire ágil a su paisaje. Hay luminosidad, hay dulzura y hay una paz que se adentra en todo el ser, deambulando sus caminos, avistando sus castillos y fortalezas y atisbando sus pueblecitos, asentados en las faldas de los montes o en las laderas de las colinas.

Tal es el encanto de la tierra umbra que cuesta abandonada. Visitadas incluso otras regiones italianas más ricas y más variadas, uno desea volver otra vez a Umbría para aquietar el corazón y descansar los ojos en sus valles y montes.

Asís está tendida en el lado del monte Subasio. A sus pies se extiende el valle del Chiascio. Sus calles, enlosadas. sus casas, de ladrillo y de piedra, con balcones de flores y ventanas pobladas de geranios. Plaza del Ayuntamiento con su torre, adosada al antiguo templo de Minerva, y su fuente de piedra al centro, presidiendo los días y las noches de sus gentes. La catedral de San Rufino, con su hermosa fachada románica del siglo XII. En el lomo del monte, la Rocca Maggiore, la ingente fortaleza de esta pequeña ciudad umbra. Comerciantes, campesinos y artesanos son la mayor parte de sus ciudadanos.

Aquí nació Francisco a finales de 1181 o comienzos de 1182. A partir de entonces creció el nombre y la hermosura de esta ciudad pequeña. Asís y toda Italia ardían en aquel tiempo en pasiones brutales: odio en los ánimos y lucha en los cuerpos de los hombres, que bajaban a las llanuras o subían a las colinas al grito de sangre y guerra. El emperador está enfrentado con el papa, gibelinos contra güelfos, burgueses contra nobles, menores contra mayores. No hay ciudad italiana, por pequeña que sea, que no disponga de un ejército para afrontar a su ciudad vecina. Hay un aire extendido de inseguridad y de inestabilidad.

Desde tiempo inmemorial, Asís y su ciudad vecina, Perusa, luchan por alcanzar el monopolio económico. Esta es más rica y poderosa, con un ejército más numeroso. Además, los "mayores", es decir, los nobles, los señores y los caballeros, que han jurado fidelidad al emperador, hacen a veces causa común con su rival, Asís, para aplastar las pretensiones de los burgueses.

En este tiempo hay una fiebre de posesión y de violencia. Los hombres de iglesia, por otra parte, no manifiestan especiales pretensiones apostólicas. Es grande la riqueza de las abadías benedictinas, sobre todo las de Cluny, que constituye una ofensa a la miseria pública y provoca un enfriamiento del fervor y de la piedad populares. En tiempos de escasez, la beneficencia de los monjes se vuelca sobre las masas afamadas. San Bernardo de Claraval es el más ardiente promotor de la reforma cisterciense, que pretende revivir en toda su pureza la regla de san Benito, sobre todo en lo referente a la pobreza de los monasterios. A la muerte de san Bernardo, el movimiento cisterciense contará con trescientos cincuenta monasterios. San Norberto funda, el año 1120, la Orden de los Premonstratenses, canónigos regulares, que, recitando en comunidad el oficio canónico de las horas litúrgicas, se dedicarán al ministerio apostólico.

La decadencia es más sensible en el clero diocesano, al ser ellos los encargados directos del cuidado pastoral. El bajo clero vive en la pereza y en la ignorancia, los prelados se hallan enfrascados en negocios de influencia y de dinero. Ciertos beneficios se han convertido incluso en hereditarios. En 1215, el IV Concilio de Letrán tomará severas medidas contra los clérigos que se entregan a la bebida y a la caza, al comercio, a los vestidos lujosos y brillantes ... Estos cánones conciliares testifican el estado de abandono en que los pastores tenían a su grey al entregarse a sus asuntos personales.

Con todo, el amor al Evangelio está vivo. Por todas partes surgen movimientos de reforma: en el mediodía de Francia, en Bélgica, en Italia. Se predica denunciando las riquezas de los prelados y el poder temporal de la Iglesia. De día en día este movimiento evangélico va creciendo y organizándose, dispuesto a seguir a Cristo

pobre: Los Hermanos del Libre Espíritu, en Alemania y en Flandes; los valdenses o humillados, en Lyon y en Lombardía; los albigenses o cátaros, en Languedoc y en Provenza. De todas las capas sociales salen los miembros de estos movimientos.

Este brotar de renovación de vida evangélica será incapaz de contagiar a causa de su orgullo y su espíritu de rebeldía contra la Iglesia. La desprecian llamándola Babilonia, la gran ramera del Apocalipsis. Niegan el respeto a los clérigos. Nadie posee lícitamente; de ahí que empujen a sus seguidores a despojarles de sus bienes, echando mano de la violencia, los motines y el asesinato. Este espíritu de rebeldía engendra la herejía: se rechaza la presencia real de Cristo en el sacramento de la eucaristía, el bautismo de los niños y el culto a las imágenes. Se enseña la inspiración individual por parte del Espíritu Santo y la inutilidad de los sacramentos. Se niega el sacerdocio y la jerarquía en la Iglesia. Se admite el dualismo: dos principios eternos, el Dios bueno, creador de los espíritus, y el Dios malo, creador del mundo sensible.

Calles y plazas, campos y pueblos se ven invadidos y acosados por estas doctrinas, tanto que el III Concilio de Letrán (1179) debió prohibir a los seglares predicar y comentar la Sagrada Escritura. Estos movimientos son, finalmente, condenados. Sólo algunos de ellos, como Durando de Huesca y sus "Pobres Católicos", se someterán. Todo esto tiene su lado trágico y penoso: la división y el enfrentamiento del poder eclesiástico.

En gran parte, todos se sienten "iluminados" y se presentan como instrumentos del Espíritu Santo, escogidos para empezar una era nueva. La verdad es que este prurito de purificación les llevó, en gran medida, a la depravación: tantos de ellos se creyeron impecables, sin reprocharse jamás alguna falta, debilidad o pecado, persuadidos de obrar en todo según Dios, deleitándose en ser "huéspedes del Espíritu Santo", haciéndolo todo movidos por El. Otros condenaron el matrimonio y la generación, permitiendo, sin embargo, a sus fieles, que no se sentían con fuerzas para pertenecer al grupo de los "perfectos", llevar una vida disoluta hasta la recepción del "consolamentum", rito que confería, en los últimos momentos, la purificación indispensable para salvarse.

Estos hombres, llevados del espíritu de reforma de una Iglesia corrompida, no eran testigos de humildad, de amor, de paciencia y respeto ni, la mayor parte de las veces, de castidad. El reverso, lamentable ciertamente, fue, por otra parte, la represión de los desórdenes con dureza y rigor: los obispos abrieron sus prisiones; el brazo secular, el destierro y la tortura. Finalmente, los príncipes "cristianos", bajo requerimiento de Roma, desencadenarán en el Languedoc una terrible cruzada contra los albigenses, que, empezando el año en que Francisco, escuchando la llamada del Evangelio, funda su Orden (1209), no acabará sino en el tiempo de su muerte (1226).

Este es el mundo en el que nace Francisco: un mundo de violencia, de enfrentamiento, de corrupción, de traición y de sangre. A él le llamará el Señor a ser testigo del evangelio de la paz en el corazón de un mundo violento.

El padre de Francisco se llamaba Pedro Bernardone. Era de una familia adinerada de comerciantes de paños. Su madre se apodaba Donna Pica, de origen provenzal. El dinero da fácil acceso al poder y al prestigio, de ahí que Bernardone esperase que su hijo un día llegase a ser caballero y, por tanto, gentilhombre. Pica, su madre, "amaba a Francisco más que a sus hijos", que, según se cree, fueron tres. El corazón de Francisco era tan compasivo y ancho como el de su madre. De ahí que ella le perdonase toda su generosidad hacia los pobres.

Cuando Francisco nació, su padre viajaba por las ferias de Francia, comerciando con telas y paños. Fue bautizado en la catedral de San Rufino y le llamaron Juan. De ahí la devoción de Francisco a san Juan. Al volver su padre de Francia quiso que se llamara Francesco ("francesito"). Francia era el país de los juglares y de los trovadores. Su lengua era la lengua internacional del comercio en Occidente. Francisco amaba esta lengua: cuando se sentía desbordado de gozo y de serenidad cantaba en francés, con música que él componía o conocía.

Francisco no estudió teología, ni decretales (derecho), ni cualquier otra ciencia de su tiempo. De los hombres aprendió a leer y a escribir, a rezar y a gustar de la música y de

la poesía. Fue el Señor quien se encargó de enseñarle lo demás.

Francisco se entusiasmaba con las canciones de gesta y los romances de caballería tan en boga en aquel tiempo. Los trovadores de Languedoc y de Provenza llenaban con canciones de amor los castillos y plazas de Italia. Su lengua era una jerga franco-italiana, no hablada en país alguno, pero entendida por todas partes.

Francisco frecuentaba los círculos de la juventud elegante, que gastaba gran parte de su tiempo en festines y rondas. Este aire de vanidad fue en el que creció el joven Bernardone.

Pedro Bernardone era un cristiano corriente: autoritario, vuelto de tiempo y alma a enriquecerse, ávido del prestigio social, burgués ... Pica era una mujer religiosa y piadosa.

Francisco iba a lo suyo: vestía bien, señal de gente rica, le gustaba el lujo, ir a las ferias a vender y comprar, montarse fiestas y, sobre todo, disponer de dinero y derrocharlo en banquetes, farándulas, serenatas y músicas. Era un manirroto. Simpático, cortés, caballero y afable, rebosando espontaneidad y generoso. Con un hijo así Pedro Bernardone se sentía orgulloso y confiado en que el negocio familiar ensancharía su horizonte.

Tenía un aire festivo, juguetón, divertido, este joven Francisco, conocido en toda la comarca. Jamás, sin embargo, cedió a un lenguaje procaz o licencioso. Siempre fue caballero y respetuoso con las mujeres en grado máximo.

Francisco soñaba con ser juglar y caballero. Su corazón inquieto buscaba también la experiencia de lucha y de guerra. Asís, por otra parte, llevaba años luchando por sacudirse el yugo imperial y papal, hasta conseguir la independencia de todo otro poder extraño. Y la ocasión llegó al ausentarse Conrad de Irslingen, duque de Spoleto, bajo cuyo dominio se hallaba Asís. Los asisianos se lanzaron sobre la fortaleza de Rocca Maggiore, símbolo de su poder, y la guarnición popular se apoderó asimismo de las murallas. Este golpe de mano tan audaz hizo tomar conciencia de su poder a la burguesía, de la que el joven Francisco formaba parte. Se apoderaron del poder civil hasta ahora bajo los nobles, vendidos a los intereses del emperador. De éstos, unos cayeron muertos, otros huyeron a Perusa. Entre éstos se hallaba el senador Offreduccio, conde Sasso-Rosso, padre de Clara y de Inés, que años más tarde seguirán el camino de Francisco, convirtiéndose de la vanidad al Evangelio.

Los nobles, huidos a Perusa, no cejaron hasta declarar la guerra a Asís. La república de Asís no aceptó sus condiciones y salieron tumbos a Perusa. En Ponte San Giovanni tuvo lugar el choque. El ejército de Asís fue aplastado. Quienes no perecieron en la refriega fueron hechos prisioneros. Francisco estaba entre éstos. Un año pasó en los calabozos de Perusa. Dentro de la prisión mantenía el ánimo de sus compañeros. Allí se esforzó por que se ejerciese el respeto hacia uno de los prisioneros, aborrecido por los demás.

## **Francisco, repara mi Iglesia**

Salido de la cárcel en 1203, Francisco se enroló, otra vez, en sus negocios, fiestas y banalidades. El no era un cristiano que, hasta ahora, se hubiese preguntado nada acerca de su fe en Jesucristo. Con todo, poco a poco, en sufrimiento y tinieblas, irá avanzando, a través de acontecimientos diversos, a un encuentro con El. Esto provocará un viraje total en su vida.

La primera ocasión fue una enfermedad grave. La verdad es que Francisco jamás gozó de buena salud. Desde joven estuvo amenazado de tuberculosis, enfermedad que, entre otras, le llevó prematuramente a la muerte. Esta enfermedad grave en que cayó era una especie de depresión y de apatía, a la vez corporal y espiritual, que le tuvo aplanado por semanas enteras, robándole el gusto por todas las vanidades hasta ahora tan

buscadas y gozadas. "Ni la hermosura de los campos, ni la frondosidad de los viñedos, ni cuanto de más delicioso haya los ojos pudo en modo alguno deleitarle. Maravillábase de tan repentina mutación y juzgaba muy necios a quienes amaban tales cosas". "Afligiendo su cuerpo con prolijas enfermedades, disponía así el Señor su alma a la unificación del Espíritu Santo"

Francisco, aun en la enfermedad, seguía soñando con la gloria de este mundo: ser armado caballero. Habían pasado ya, con todo, los tiempos de las rondas y fiestas, de la música y versos. Su corazón corría inquieto y desbordado hacia algo que, como tesoro, pudiese acallararlo. La guerra con Perusa había sido, por otra parte, corta y desastrosa. Un noble de Asís, llamado Gentil, estaba disponiéndose para marchar a la Pulla, en el sur de Italia. Allí Gualterio de Brienne era el jefe triunfal de los ejércitos pontificios frente a las tropas del emperador. Los trovadores esparcían su fama de guerrero a lo largo y ancho de la península itálica. De todos los caminos marchaban jóvenes, prontos para la guerra. Ser armado caballero, ir montado en un caballo, con un escudero siempre al lado era una perspectiva halagüeña para tantos hombres. También para Francisco Bernardone, en un entusiasmo delirante. En sueños veía ya la casa de su padre convertida en un palacio, repleto de armas militares. "No estaba hecho a ver tales objetos en su casa, sino, más bien, pilas de paño para la venta". Y partió para la Pulla; pero, apenas llegado a Spoleto, el Señor se encargó de hacerle entender que no era para eso para lo que le había curado de su enfermedad. Y le habló por la noche: "Francisco, ¿de quién puedes esperar más recompensa, del señor o del siervo?". "Del señor", respondió. "Entonces, ¿por qué corres tras el criado en lugar de buscar al señor?". "Señor", dijo Francisco, "¿qué quieres que yo haga?". "Vuelve a la tierra en que naciste: que tu visión se realizará espiritualmente".

A costa de Francisco, los amigos montaron una fiesta. Ellos se dieron cuenta, sin embargo, que él ya no estaba en ese mundo. El Señor le iba mostrando el camino poco a poco. Pasó por una época de lucidez y de euforia espiritual, tanto que sus amigos le preguntaban si es que iba ya a casarse. "Estoy pensando en tomar una esposa tan noble, rica y hermosa como nunca habéis visto otra", decía; pero lo tomaron a risa. Aquella fue la última fiesta mundana para Francisco. Su corazón iba ya dando con el tesoro. Francisco, sin embargo, no gustaba dar señal de la transformación radical que en él se estaba dando. "Así, retirándose del barullo del mundo y del negocio, procuraba guardar en lo íntimo de su ser a Jesucristo". Al sentirse alcanzado por el Señor Jesucristo, no se agostará nada de lo noble, cortés, poético y hermoso que hay en él: siempre soñó ser caballero y así lo encontrará la "hermana muerte". De este ideal caballeresco medieval, Francisco conservará el sentido del humor, del alegre entusiasmo, del desinterés, de la lealtad, de la cortesía, de la liberalidad ... Francisco, caballero, estará siempre pronto al llamamiento de su Señor. Si fuere necesario, hasta morir por El. El irá, sí, tras su Señor pobre, siguiendo sus pisadas, imitando su vida, sus gestos y palabras. No sabe, sin embargo, Francisco todavía hacia qué rumbo le está el Señor encaminando. Con corazón puro, busca al Señor en la oración: sólo los puros de corazón ven a Dios.

Francisco compartía con un amigo toda esta luz y las tinieblas por las que iba pasando. Y rezaba. "En una gruta pedía al Señor le mostrase el camino". También el Padre Dios le descubrió, como a Jesús de Nazaret, el camino del rebajamiento y despojamiento, mostrándole el amor a la dama pobreza. Francisco se hará pobre con los pobres al volcarse de corazón y vida todo a Dios. "Daba el dinero, el gorro, el cinturón ... , hasta la camisa a veces ... Compraba ornamentos para las iglesias pobres ... , invitaba a su mesa a los pobres ... Terminó por no cuidar sino de los pobres y por no encontrarse a gusto sino tratando con ellos".

Por aquel entonces fue como peregrino a Roma, al sepulcro de los apóstoles Pedro y Pablo. Sobre el altar de san Pedro lanzó todas sus monedas. A la salida del templo, le cambió sus vestidos a un mendigo y se puso allí entre ellos, haciéndose uno de tantos. Al ir conociendo a su Señor, fue entendiendo que debía vivir como su Señor Jesús, pobre.

Y llegó otro momento decisivo en su conversión. Francisco, el joven refinado, de espíritu cortés y galante, un día se halló de frente a un hombre despojado de su dignidad. Era un leproso que encontró en las afueras de Asís. El era la imagen de Cristo, despojado de su dignidad y maltratado. Lo besó. Un escalofrío corrió toda su alma y cuerpo. Este acontecimiento marcará para siempre su persona y quedará vivo en su memoria. "Como estaba en pecado, me parecía muy amargo ver leproso. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos y practiqué con ellos la misericordia. Y, al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo se me tornó en dulzura de alma y cuerpo; y después de esto permanecí un poco de tiempo y salí del siglo". Después se fue con los leproso, haciéndose uno de ellos. "Vivía con ellos, lavaba sus cuerpos infectos y curaba sus úlceras purulentas...". En él se iba adentrando la palabra de Cristo: "Limpiad leproso", recordando que también a Ello tuvieron por leproso. "Despreciado y evitado de la gente... , lo tuvimos por nada; a él, que soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores, lo tuvimos por un contagiado, herido de Dios y afligido".

En un repecho de Asís, hacia Spello, había una capilla ruinosa. Un día pasó Francisco a orar. En ella había un precioso crucifijo bizantino ennegrecido por el tiempo y el humo. El Crucificado le habló al corazón: "Francisco, ¿no ves que mi casa se derrumba? Anda, pues, y repárala". Así lo entendió Francisco: se puso, manos a la obra, a reconstruir la iglesita. Para sacar dinero cogerá un lote de piezas de paño y un caballo de casa de su padre y marchará a Foligno a venderlo, volviendo a pie. El sacerdote rechaza el dinero que le entrega: no se fía de la familia Bernardone ni de su hijo, que hace estos gestos. Con todo, le permite que se quede con él, que era un sacerdote pobre. Tomando el dinero, Francisco lo arroja en el hueco de una ventana, olvidándose de él para siempre. Al enterarse su padre, le reprende. Francisco huye y se esconde durante un mes en la cueva de una casa. Allí el Señor se le irá manifestando y mostrando el camino.

Cuando salió de su escondrijo, sus paisanos se burlaban de él. Tal iba siendo el cambio, que lo tomaban por un loco. Su padre se sentía molesto que su hijo estuviese en boca de todos. Decidió, por fin, salir a su encuentro. Lo llevó obligado a casa y lo encerró y azotó para ver "si entraba en razones". Francisco recordaba el Evangelio: también a Jesús, su Señor, le buscaron sus parientes para llevarlo a casa, pues pensaban que "no estaba en sus cabales". Pica, su madre, trató también de "hacer volver al buen camino" a su hijo, aturdido por no sé qué ideas. Todo fue inútil, tanto que un día le soltó las cadenas y le dejó libre en ausencia de su marido. Vuelto, se lo echó en cara duramente.

Francisco se presentó a su padre y le manifestó "que ni cadenas ni azotes le asustaban lo más mínimo". El padre, con todo, ya que no conseguía recuperar a su hijo, sí deseaba conseguir el dinero de Foligno, enviando a su hijo fuera de Asís, desterrado. Francisco fue a buscar el dinero arrojado y lo entregó a su padre, emplazándolo ante el obispo de la ciudad "para que, renunciando en sus manos a todos los bienes, le entregara cuanto poseía".

Pedro Bernardone se dirigió al palacio del ayuntamiento y denunció a su hijo: habría de devolverle el dinero sustraído a casa. Francisco recusa acudir a la cita, alegando que es siervo de Dios y, por eso, está libre de la autoridad del padre. La denuncia se vuelve ahora al obispo, ante el que Francisco acude. Este le invita a devolver lo sustraído, animándole: "Hijo, ten confianza en el Señor y obra con hombría y no temas, porque El será tu mejor ayuda y te proporcionará con abundancia todo lo que necesitas para las obras de tu Iglesia".

Francisco entra en el palacio episcopal. Se desnuda enteramente y aparece así, con los vestidos en las manos, en la plaza, delante del palacio. Sereno, habla: "Oídmelos todos: Hasta ahora he llamado padre mío a Pedro Bernardone... , desde ahora quiero decir: Padre nuestro, que estás en los cielos, y no padre Pedro Bernardone".

Es un gesto profético, como el de Isaías, que anduvo desnudo y descalzo por Jerusalén como signo del quebrantamiento que Asiria asestaría a Egipto y a Etiopía; como Miqueas, que anunciará con el mismo gesto el juicio que caerá sobre Samaría y

Jerusalén.

Para Francisco ya todo queda atrás. Ha sido vencido y alcanzado por Aquel a quien buscaba, sin apenas saberlo. Todo lo más querido y cercano a su corazón lo juzga ahora basura. Ya sólo cuenta Cristo: El es el Señor; Francisco, su vasallo y caballero. Francisco ya no se buscará a sí mismo, ni se apoyará en sí mismo, ni se justificará a sí mismo. Se sabe de la mano de Dios, en silencio agradecido. Bajo la gracia.

Sólo aquel que se considera totalmente referido a la gracia es capaz de la fe, de creer.

Como para cualquier otro hombre, la conversión para Francisco fue una experiencia paciente, que se llevó a cabo a tientas, que es como vamos todos buscando a Dios. El proceso de conversión se va realizando en las correcciones, en las dudas, en las equivocaciones y, sobre todo, en las transformaciones sucesivas. Quien considera, desde fuera, como espectador, el cambio dado en las personas, tiene la impresión sólo de su resultado inmediato y decisivo. Y es que los caminos del Dios, que viene de continuo, y la lenta y paciente iluminación del espíritu es algo que se va realizando secretamente y, a la vez, de una manera dolorosa, trabajosa y sangrante. Francisco no quedó fuera de esta andadura y hechura. Las intervenciones de Dios, que acabaron en la entrega incondicional, fueron, por otra parte, lo suficientemente claras como para que él fuese tomando conciencia de las mismas. En esta tensión inconsciente hacia Cristo hasta la plena toma de conciencia de su vocación, su itinerario espiritual pasó por diversas etapas, como hemos visto, hasta hacer precisa su orientación interior y cada vez más estrecha y transparente su unión con Jesucristo.

Quien se convierte va dejando atrás caminos equivocados y va volviendo a Aquel de quien estaba separado. Quien se convierte está aprendiendo a entenderse como criatura de Dios, dejando que sea Dios quien disponga de él. Sólo quien se convierte cree. La fe, por otra parte, es confianza en el poder salvador de Dios, mediante el cual cede el agobio y es expulsada la duda y la zozobra. Francisco creyó y se entregó a sí mismo a Dios, llevado de la vida y de la palabra de Jesús.

La conversión de Francisco fue, pues, progresiva. Ocurrió unos veinte años antes de su muerte, es decir, a lo largo de los años 1205 y 1206.

No era la iglesia de piedra la que el Señor pedía a Francisco que reconstruyera, sino el templo de su pueblo, las piedras dislocadas, con los muros de este edificio vivo agrietados por el vicio, la apatía, la decadencia, el odio y la corrupción. Francisco, pobre y ardiente como los apóstoles de Cristo, será su testigo y humilde constructor.

Francisco tenía el aire de un campesino, vestía "un manto corto, pobre y vil, perteneciente a un labriego que estaba al servicio del obispo" 40. Fue en el palacio, al quedar desnudo, donde se lo dieron. "Con una tiza lo marcó con su propia mano en forma de cruz".

Desbordaba de gozo. Y no se preocupaba de lo que los hombres pudiesen decir o pensar de él. Marchaba por los campos y entraba por los bosques cantando, cosa que hacía en francés cuando quería expresar el gozo que lo inundaba dentro. Estando así, un día le salieron al encuentro unos bandoleros. Al preguntarle quién es, Francisco responde:

"Soy el pregonero del gran Rey; ¿qué queréis?". Dándose cuenta que iba ligero de equipaje y de bolsillo, le molieron a palos y lo arrojaron a un hoyo, todo lleno de nieve. "Descansa, rústico pregonero de Dios", le gritaron. Francisco, "revolviéndose de un lado para otro, de un salto se colocó fuera del hoyo y, reventando de gozo, comenzó a proclamar a plena voz, por los bosques, las alabanzas del Creador de todas las cosas".

Después se puso de camino rumbo a un monasterio cerca de Gubbio, a ver si a cambio del trabajo pudiesen darle algún vestido. "En él permaneció varios días, sin más vestido que un tosco blusón, trabajando como mozo de cocina, ansioso de saciar el hambre siquiera con un poco de caldo. Y al no hallar un poco de compasión, y ante la imposibilidad de hacerse al menos con un vestido viejo, salió de allí no movido de resentimiento, sino obligado por la necesidad".

En Gubbio se fue a casa de un amigo, que le regaló una túnica pobre y corta. Vuelto

a Asís, se fue con los leprosos. "Vivía con ellos y servía a todos por Dios con extrema delicadeza: lavaba sus cuerpos infectas y curaba sus úlceras purulentas".

San Damián estaba a medio reconstruir todavía. Francisco no tenía dinero alguno para comprar materiales; por ello se puso a pedir limosna, pregonando por la ciudad: "Quien me diere una piedra, recibirá una merced; quien me diere dos, dos mercedes tendrá; quien me diere tres, recibirá otras tantas". Y hablaba "no con palabras elocuentes de humana sabiduría, sino con absoluta sencillez". Ese es el estilo de Francisco. Las palabras brotaban siempre de su corazón y se dirigían asimismo siempre al corazón de los hombres, librándoles así de la tristeza y del pecado y mostrándoles la felicidad y el gozo para aquellos que se entregan con toda su alma a Dios. El obrar de Francisco era provocador, lanzando preguntas a la hondura de los hombres: había quienes se burlaban y había quienes pensaban qué o quién hubiese detrás de todo este viraje.

Francisco, en otro tiempo joven despreocupado y refinado, se puso un día a pedir aceite para la lámpara de la iglesia de San Damián. Por las calles y rincones de Asís era de todos conocido. Al ver a un grupo de hombres que jugaban delante de una puerta, sintió vergüenza y se echó atrás. Tomando fuerzas, confesó su falta de coraje y, en francés, pidió limosna: aceite para San Damián. Y siguió hablando, hasta manifestar "que llegará a haber en esta iglesita un monasterio de santas vírgenes de Cristo".

El sacerdote de San Damián era pobre, pero se sentía preocupado por la salud del joven Bernardone. "Lo veía abatido por la demasiada fatiga, de modo que, movido a compasión, comenzó a darle de comer cada día algo especial, aunque no exquisito, pues también él era pobre". Esto creó problemas de conciencia a Francisco. Y así se decidió a "tomar un plato, marchar a la ciudad y pedir limosna de puerta en puerta". Sentía asco él, educado en mesa exquisita y formas delicadas. "Y pudo decir al presbítero aquel que, en adelante, no preparara ni hiciera preparar para él manjar alguno".

Una mañana de invierno, Francisco estaba en oración en una iglesia, tiritando de frío, envuelto en sus harapos. Angelo, hermano carnal de Francisco, acierta a verlo temblando de frío. De forma irónica dice al amigo que lo acompaña: "Di a Francisco que te venda un sueldo de sudor". Sin pizca de amargura, le respondió su hermano: "Por cierto que lo venderé a muy buen precio a mi Señor".

Todo lo soportaba, pero le traspasaba el alma el desprecio y la dureza de su padre, Pedro Bernardone, hacia él. "Se avergonzaba tanto y tanto sufría al contemplar la carne de su hijo extenuada por la excesiva penitencia y por el frío, que dondequiera lo encontraba lo maldecía" 53.

Ahora, a la distancia de unos años, Francisco iba sabiendo que él era ya un vasallo de tan gran Señor. En acción de gracias, una y otra vez leía su pasado, tejido de la preocupación de Dios y su ternura. Y lo rezaba:

*"Francisco, de andar otros caminos, tenía su corazón cansado y viejo.  
Francisco, de buscar tanta gloria,  
le vino la sospecha de la vacuidad de los constantes ídolos del mundo . ...  
El Señor Jesucristo  
salió a su encuentro claro  
y se le fue calmando la sed de vida y el hambre de la gloria.  
Jesucristo, el hermano,  
le hizo quietarse  
en la fontana pura,  
que se llama Evangelio".*